

## COLOMBIANOS DE AYER

JOSE MARIA TORRES CAICEDO

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

— I —

Hay seres predestinados para la consagración y otros para el olvido aunque tengan méritos suficientes para sobrevivir a la muerte. Unos poetas se han hecho célebres, no por la cantidad de sus poemas sino por uno solo de ellos, como Ronsard, Jorge Manrique, Gutierre de Cetina, y en cambio existen grandes escritores que sin saber por qué la historia de la literatura los desconoce casi por completo. Muchas veces influyen para este fenómeno singular las pasiones políticas o los cambios de escuelas estéticas que desbaratan las estatuas consagradas. Otros escritores se complacen en no vivir en su tiempo y dentro de un espejismo literario acomodan su vida a su sueño que se aleja de la realidad.

Las épocas de transición en cualquier campo de la cultura se prestan para el desconcierto y un desconocimiento de los valores trascendentales que como las estrellas tienen luz propia, pero a veces tan lejana que su acción tarda años en llegar hasta nosotros. En otras ocasiones los escritores han abandonado sus lares patrios y se han hecho célebres en otras latitudes de la geografía espiritual, pero son desconocidos en su patria porque sus obras no han circulado oportunamente o porque la crítica adocenada pretende sistemáticamente olvidarlos. El *provincialismo* en literatura es algo fatal para el prestigio de los verdaderos méritos que no reciben la consagración o el espaldarazo de los centros de la alta cultura, y entonces ellos vegetan humildemente consagrados al estudio y a la producción de obras de mérito pero desconocidas de la crítica consagratória.

Otros escritores tienen una técnica mental inapropiada al ambiente común y entonces la poca muestra que llega a los centros se diluye o se esfuma con la complacencia de los interesados influyentes. Estas rápidas consideraciones llegan a la mente al conocer con algún detenimiento la obra literaria de José María Torres Caicedo, uno de los críticos literarios más grandes de hispanoamérica, que conoció como nadie la producción cultural de todo el Continente, como lo demuestran sus múltiples obras,

de las cuales daré algunas noticias que, al sellarlas con los conceptos más altos de los directores del pensamiento en la lengua francesa o española, será para muchos una grata novedad porque se habrá reivindicado un verdadero valor nacional y de la lengua castellana, según el criterio sereno y mesurado de don Emilio Castelar.

He repasado con detenimiento nuestras historias de la literatura colombiana y apenas el P. José J. Ortega Torres le consagra unas dos líneas. Los demás ni una sola palabra. Don Marcelino Menéndez Pelayo en su Historia de la Poesía Hispanoamericana lo cita dos veces como autor de dos juicios críticos sobre escritores de nuestro Continente. El doctor José María Rivas Groot en su famoso prólogo al "Parnaso Colombiano" recopilado por Julio Añez da algunos datos de nuestro gran escritor, pero no se detiene en su análisis. Don Juan Valera que pudo haber conocido de cerca la obra de Torres Caicedo, no lo menciona en sus célebres "Cartas Americanas", y sin embargo, ese nombre fue consagrado en Francia y en España, lo mismo que en Londres y en los Países Bajos en donde le tocó actuar en primera línea entre los más grandes maestros de las letras.

Entre nosotros muy pocos escritores se han ocupado de él, pero es necesario mencionar entre ellos a Juan Francisco Ortiz en sus "Reminiscencias", a don José María Samper en "Historia de un alma" y sobre todo a don José María Cordovez Moure en sus sabrosas Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Por ellos sabemos que José María Torres Caicedo nació en Bogotá en el año de 1830. Fue hijo del ilustre jurisconsulto y hombre de ciencia, el doctor Julián Torres Peña (1791-1832) conocido como exaltado realista, que era muy dado a la Física, hasta el punto de que completó el pararrayos de Franklin porque cambió la cadena metálica que servía de conductor, por "una cuerda de esparto", la cual siendo conductora igualmente, puede cogerse sin peligro en tiempos de tempestad (1).

Don Juan Francisco Ortiz cuenta que su padre, el ilustre don José Joaquín Ortiz Nagle consiguió que don Julián fuera profesor de latín de su hijo. Posteriormente refiere que José María Torres estaba residiendo en Europa, y da de él los datos de que este nombre era respetado en el Continente americano, por la "incontrastable firmeza de sus convicciones políticas y por sus escritos literarios". Aquí en Bogotá antes de los incidentes que lo obligaron a salir del país, había redactado varios periódicos de combate, en donde se distinguió por su acerada pluma, la causticidad terrible de sus comentarios políticos, que aparecían en sus periódicos en distintas fechas como "El Día" en 1850, "El Progreso", y colaboraba en los de su tendencia política, como "La Civilización" de don Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, "El Nacional" de don Julio Arboleda y don Lino de Pombo, y en cambio lo combatían con la mayor acerbía "El Alacrán" de Joaquín Pablo Posada y Germán Gutiérrez de Piñeres, "El Aviso" y "La Gaceta" de don Santiago y don Felipe Pérez.

Eran los tiempos de la transición política que empezó con la elección del 7 de marzo de 1849. La efervescencia de las pasiones llegaba al más alto clímax de la exaltación; jamás se había visto una lucha de ideas expresadas con tanta crueldad, ya que no se respetaba ni el hogar ni lo más santo de la vida. Los mandobles injuriosos se complacían en destrozarse reputaciones, y todas las familias vivían pendientes de que al aparecer

alguna de esas hojas periódicas se sacaran todos los vicios de familia o se las calumniara tranquilamente, para cuya defensa había que acudir a las propias manos.

La división de la política militante tomó caracteres alarmantes en esa época y se definieron por completo los conservadores y liberales, apoyados estos por el gobierno de José Hilario López. La revolución de 1840 había dado pie a las ideas preconizadas por ellos y tenían asidero y profunda raigambre en la caída de Luis Felipe de Francia en 1848. Aquellas ideas cundieron por Europa y llegaron a la Nueva Granada con todo el fervor de la juventud iconoclasta de entonces. Lamartine con sus "Girondinos" al mismo tiempo que con el encanto luminoso de sus poesías irradiaba como un nuevo sol en las conciencias. Las reformas socialistas de Luis Blanc se enseñoreaban de los nuevos espíritus combatientes—que tomaban el nombre de "radicales" porque la palabra "liberal" les quedaba pequeña.

Para el apoyo de las respectivas orientaciones ideológicas se fundaron sociedades que recogían en sus estatutos los principios apropiados a sus credos políticos, como la "Democrática" de artesanos y estudiantes impetuosos, a la cual se opuso la "Popular" de tendencias conservadoras en abierta oposición a la anterior. Por motivo de la simpatía del gobierno con la primeramente nombrada, se extremaron los odios políticos que llegaron hasta atacar a la religión y a sus principales defensores, los Padres Jesuitas que fueron combatidos hasta su expulsión. Los radicales hablaban mucho del Mártir del Gólgota con un entusiasmo a su acomodo, de donde se dio en llamarlos con este sobrenombre. En el periódico Oficial se daba cuenta pormenorizada de todos los movimientos políticos de su tendencia, y "La Gaceta" daba noticia de los clubes que iban apareciendo en su defensa. "Los artesanos democráticos —dicen Henao y Arrubla—, llevaban ordinariamente gran sombrero de paja y ruana grande de bayeta roja forrada de azul que les llegaba hasta los pies; de aquí el nombre de rojos aplicado por los periódicos a los liberales exagerados que se hizo muy común" (2).

Después se fundó la "Escuela Republicana" cuyos principales representantes eran don Santiago y don Felipe Pérez, Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo, José M. Samper, Teodoro Valenzuela, Francisco Alvarez (el Macho Alvarez) José María Rojas Garrido, Foción Soto, Eustorgio Salgar. Mientras tanto los conservadores organizaron otra llamada "Filotémica", bajo el mando de don Carlos Holguín, José María Pinzón Rico, Joaquín F. Vélez, Juan E. Zamorra y otros notables dirigentes, entre los cuales estaba sin duda don José María Torres Caicedo, director de periódicos de rudo y audaz combate que no daba tregua a sus enemigos; y todo esto dio motivo a la guerra que estalló en el año 51 en la ciudad de Pasto que se extendió luego por todo el país, pero con resultados desastrosos para quienes la provocaron, pues con el triunfo del gobierno consiguió este hacerse más fuerte con mayor libertad para sus orientaciones políticas.

Para contrarrestar la influencia de las sociedades democráticas, la viuda del prócer Antonio de Villavicencio doña Gabriela Barriga, fundó la intitulada "Del Niño Jesús", cuyo presidente honorario fue el doctor Mariano Ospina Rodríguez, y "La Popular" dirigida por don Simón Cár-

denas, más conocido con el apodo de "Pan de Yuca". Don Rufino Cuervo era uno de los más asiduos colaboradores de "El Progreso" de José María Torres Caicedo, mientras que Murillo Toro combatía siempre con altura de ideales en los campos contrarios. Era la época en que no se daba cuartel; y sorprende al leer dichos periódicos de la época, la manera cómo cada cual defendía sus ideales políticos, sin miedo ni palidez en el semblante. Los duelos se multiplicaban y los atentados personales eran comunes y corrientes.

Pero con el pretexto de la libertad sin límites se cometían toda clase de atropellos. Precisamente Torres Caicedo y José Eusebio Caro fueron víctimas en 1850 de la destrucción de sus respectivos periódicos: "El Día" y "La Civilización". Una partida de contrarios armados de antemano irrumpieron en las oficinas de tales periódicos y rompieron las puertas de los talleres, descompusieron los moldes y despedazaron las prensas que eran las mejores que se habían introducido al país. Es verdad que entonces dichos periódicos criticaban en todos los tonos el gobierno del general López y las caricaturas lo ponían en completo ridículo, pues aparecía siempre con orejas de burro, unos dados y una botella de aguardiente.

El 9 de agosto de 1849 salía el primer número de "La Civilización" sin nombre de los dirigentes, pero ya es sabido que eran don Mariano Ospina Rodríguez y del poeta José Eusebio Caro. En cada número aparece este epígrafe: "No *hai* libertad donde la lei i la justicia no impera. El progreso social es hijo de la seguridad. La violencia degradada i arruina la nación". Pero antes, el 28 de enero de ese mismo año, apareció en las esquinas de la ciudad un cartelón con estos dos cuartetos:

*Hoy sale "El Alacrán", reptil rabioso,  
que hiere sin piedad ni compasión;  
animal iracundo y venenoso  
que clava indiferente su aguijón*

*Estaba entre los tipos escondido,  
emponzoñando su punzón fatal,  
mas ay! que de la imprenta se ha salido  
y lo da Pacho Pardo por un real.*

Don Marcelino Menéndez Pelayo dice de su autor: "Posada es digno de encarecimiento no por la pobre materia poética de sus composiciones, sino por sus admirables dotes de versificador, en que pocos o ninguno de su tierra le han igualado..." (3). Del compañero de éste, dice el mismo autor: "Con Posada colaboró en el malhadado "Alacrán" otro poeta más desaliñado pero que no carecía de numen: Germán Gutiérrez de Piñeres" (4). Y precisamente con este tuvo Torres Caicedo un duelo en 1850, cuyos detalles extraordinarios se dirán en el próximo capítulo.

## NOTAS

- (1) Reminiscencias de Santafé y Bogotá, Cordovez Moure. Edit. Aguilar. Prólogo de Elisa Mujica. 1957. p. 595.
- (2) H. de Colombia extensa, Henao y Arrubla Bogotá 1952. p. 667.
- (3) H. de la Poesía Hispano-americana, por Marcelino Menéndez Pelayo. T. II. Madrid 1913. p. 72.
- (4) Op. cit. p. 73.